

ANTOLOGÍA mínima

Del influjo del clima sobre los seres organizados (1808)*

[...]

CALOR Y FRÍO

Cuando recorremos la superficie del globo admiramos la variedad y los extremos a que llega la temperatura en sus diferentes puntos. Aquí reina una primavera que nada puede alterar; allí, fríos rigurosos o hielos eternos; más allá, ardores insoportables; en unas partes domina la inconstancia y el capricho: golpes de un sol sofocante son seguidos de las escarchas¹; en otras, siempre medidas, siempre regladas las estaciones, se suceden sin alteración el verdor, las llamas, los frutos y las nieves. Si comparamos las extremidades, veremos con asombro que es preciso recorrer casi toda la escala del termómetro para indicar la temperatura de la zona tórrida y de la zona glacial. No se puede oír sin horror que en Yeniseik² desciende este instrumento a 70º bajo la congelación, y que en África, cerca de la equinoccial, sube a 70º sobre el mismo término. Distan más entre sí estas dos temperaturas que el hielo y el calor de la agua hirviendo, que constituyen los extremos del termómetro de Reaumur. Una barra de hierro que se transportase del ecuador a Yeniseik sufriría una contracción sensible en todas sus dimensiones. ¿Cuánto debe haber sufrido el hombre, este ser delicado y flexible, en temperaturas tan diferentes? Los hombres de la Nubia, del Senegal y de la Guinea en nada se parecen al lapón, al groenland, al samoyedo y al tongus. Los primeros, bajo un clima abrasador, cercados de desiertos de arena caldeada, respirando un aire inflamado por los rayos solares, han sufrido tales alteraciones en la piel, en el pelo, en la estatura, en la nariz, en los labios y hasta en el olor de sus cuerpos, que cuesta dificultad persuadirse que tienen un mismo origen con los habitantes de las extremidades árticas de los continentes. En estas regiones hiperbóreas el hombre, oprimido bajo el imperio destructor de un frío extremado, sobre montañas de hielo en que se apoya la bruma silenciosa y melancólica, tiene disminuida la nariz, dilatados los párpados y la boca; las proporciones y la belleza han huído lejos de estos lugares horrorosos; en fin, la armazón huesosa³, estas partes centrales y sólidas del cuerpo, han disminuido su longitud y variado en sus proporciones. Estas enormes diferencias, estos caracteres distintivos de los pueblos que habitan las extremidades de nuestro globo, no son sino los productos del calor y del frío, productos reconocidos por los filósofos de todas las edades y confirmados por la experiencia; productos que, variando enteramente la constitución física

* Francisco José de Caldas, "Del influjo del clima sobre los seres organizados", en *Obras completas*, Universidad Nacional, Bogotá 1966, ps. 84-87.

¹ Tenemos —dice Mr. Rush— caracterizando el clima de la Pensilvania, la humedad de la Gran Bretaña en primavera; el calor del África en el estío; la temperatura de Italia en junio, y el cielo de Egipto en otoño; el frío y las nieves de la Noruega; las escarchas de Holanda durante el invierno; las tempestades, en cierto grado, de las Indias occidentales, y los vientos variables de la Gran Bretaña en todos los meses del año... El clima de Pensilvania no tiene más que un solo rasgo característico, esto es, la inconstancia; y se le puede aplicar el verso de Ovidio: *Et tantum consolans in levitate sua*. Brissot, tomo 2, carta 29.

² Lugar de la Siberia, por 58º de latitud boreal. Aquí vio Mr. De Lisle el termómetro a 70º bajo la congelación.

del hombre, han variado sus gustos, sus deseos, sus usos, sus costumbres y sus pasiones. ¡Qué diferentes son la vida y las inclinaciones del lapón de las del negro de Senegal! Aquel, bajo tiendas formadas de pieles, vegeta las noches dilatadas de su invierno, alumbrado a la triste luz de una lámpara. Su bebida es el aceite de ballena y el agua; el pescado, la carne cruda de sus renos y de sus osos, las cortezas de abedul y de pino, son sus alimentos. Cubierto de los despojos de los animales del Norte, atraviesa sobre patines grandes espacios, con una intrepidez y con una velocidad asombrosas. Nacido para las fatigas, no conoce otra ocupación que la caza de las zorras, de las martas, de los armiños y de los linceos. Sin religión, sin principios, sin moral, es supersticioso, grosero y sin pudor. Ofrece al extranjero su mujer, y se cree feliz si usa de ella. “Pueblo abyecto, sin más costumbres que las suficientes para hacerle digno del menosprecio”⁴; raza infame, degenerada y circunscrita en los hielos polares.

El africano de la vecindad del ecuador, sano, bien proporcionado, vive desnudo bajo chozas miserables. Simple, sin talentos, sólo se ocupa con los objetos de la naturaleza conseguidos sin moderación y sin freno. Lascivo hasta la brutalidad, se entrega sin reserva al comercio de las mujeres. Estas, tal vez más licenciosas, hacen de ramerías sin rubor y sin remordimientos. Ocioso, apenas conoce las comodidades de la vida, a pesar de poseer un país fértil, apacible, cubierto de árboles y cortado de ríos por todas partes. Bajo un cielo inflamado, agota la substancia de su cuerpo por el sudor y por la transpiración. Sus días son cortos; a los cuarenta o cincuenta años ha tocado con la senectud. Aquí, idólatras; allí, con una mezcla confusa de prácticas supersticiosas, paganas, del Alcorán, y algunas veces también del Evangelio, pasa sus días en el seno de la pereza y de la ignorancia. Vengativo, cruel, celoso con sus compatriotas, permite al europeo el uso de su mujer y de sus hijas. Ñame, plátano, maíz, he aquí el objeto de sus trabajos y el producto de su miserable agricultura. Unas veces mañoso, otras feliz, vence al tigre, al león y al elefante mismo.

[...]

³ El instinto, la docilidad, y en una palabra, el carácter de todos los animales dependen de las dimensiones y de la capacidad de su cráneo y de su cerebro. El hombre mismo está sujeto a esta ley general de la naturaleza. La inteligencia, la profundidad, las miras vastas y las ciencias, como la estupidez y la barbarie; el amor, la humanidad, la paz, las virtudes todas, como el odio, la venganza y todos los vicios, tienen relaciones constantes con el cráneo y con el rostro. Una bóveda espaciosa, un cerebro dilatado bajo ella, una frente elevada y prominente, y un *ángulo facial* que se acerque a los 90°, anuncian grandes talentos, el calor de Homero y la profundidad de Newton. Por el contrario, una frente angosta y comprimida hacia atrás, un cerebro pequeño, un cráneo estrecho y un *ángulo facial agudo*, son los indicios más seguros de la pequeñez de las ideas y de la limitación. El *ángulo facial*, el ángulo de Camper, tan célebre entre los naturalistas, reúne casi todas las cualidades morales e intelectuales del individuo. Se forma de una línea que corta longitudinalmente, en dos partes, el plano que pasa por los agujeros auditivos externos y por el borde inferior de las narices; y de otra que corre desde los dientes incisivos superiores hasta lo más prominente de la frente. Cuando este ángulo crece, crecen todos los órganos destinados a poner en ejercicio la inteligencia y la razón; cuando disminuye, disminuyen también estas facultades. El europeo tiene 85° y el africano 70°. ¡Qué diferencia entre estas dos razas del género humano! Las artes, las ciencias, la humanidad, el imperio de la tierra son el patrimonio de la primera; la estolidez, la barbarie, la ignorancia, son las dotes de la segunda. El clima que ha formado este ángulo importante, el clima que ha dilatado o comprimido el cráneo, ha también dilatado y comprimido las facultades del alma y la moral. (Véase a CUVIER, *Leçons d'Anatomie comparée*), y no se dudará del imperio del clima sobre la armazón huesosa de nuestro cuerpo, y de los asombrosos efectos de sus dimensiones sobre la construcción física del hombre, sobre sus virtudes y sus vicios.

⁴ Buffón, tomo 5, página... Traducción castellana.